



Solo es cuestión de oportunidades.

*In memoriam de un estudiante que
re -significó mi vida docente*

De 1999 a 2005 se desarrolló en Caracas-Venezuela el programa Redes Escolares de Solidaridad (REDES) en la comunidad de La Vega, una de las tantas barriadas de la ciudad. Su objetivo era atender a más de 400 niñas y niños fuera del sistema educativo formal, para promover su reinserción a la escuela. Esta era una forma efectiva de alejarlos de la delincuencia.

Hacia el año 2003, yo me desempeñaba como asistente general del programa. Luego de una jornada de evaluación de las actividades, mi jefa Sandra y yo decidimos cenar en un restaurante de Altamira, una zona muy concurrida de la ciudad en las noches. El lugar que escogimos para sentarnos estaba al aire libre y nos permitía observar a la gente. Así vimos a unos niños pidiendo dinero a las afueras del restaurante, aunque no distinguíamos bien sus rostros. Pronto, mientras esperábamos la comida, escuchamos que uno de ellos nos dijo: "Profe". Mi jefa y yo nos miramos sorprendidas... Altamira queda muy lejos del barrio La Vega como para encontrarnos a algún conocido tan fácilmente en la calle y, además, era demasiado tarde, cerca de las 21 horas. Solo podía tratarse de un niño del programa REDES.

Efectivamente, alcanzamos a reconocerlo. Eloy Sionchy de 13 años de edad, y tenía tiempo sin asistir a las clases de regularización y recordamos que, al

averiguar con su mamá sobre sus inasistencias, ella nos había indicado que se encontraba con su papá. Por eso, nos sorprendía tanto verlo en la calle buscando comida. El niño lucía poco aseado y estaba acompañado de otros tres más pequeños que él. Recordé a Eloy entre su grupo de compañeros y siempre sobresalía por su manera de argumentar, exponer su punto de vista sin filtro, haciendo preguntas para comprender bien un tema. Sus gestos dejaban ver una persona decidida, de piel blanca, con muchas pecas en la cara, con su nariz perfilada denotaba ser un joven con aires europeos, casi italianos. A pesar de su humilde hogar siempre procuraba estar limpio.

Luego de vernos, Eloy sin mediar otra palabra nos suplicó: “Sáquenme de aquí”. “¿Sáquenme de aquí?”, ¿Cómo se saca a una persona de un lugar abierto, de la calle, de un entorno sin paredes ni puertas? Sin pensar cómo lo haríamos, acordamos vernos al día siguiente a las 4pm, en la Plaza Francia, frente al restaurante.

Como era de esperarse ni Sandra ni yo no pudimos terminar de comer. Al llegar a nuestras casas, cada una realizó una lista con las posibles instituciones a las que pediríamos apoyo. Esa fue una de las noches más largas de toda mi vida. Temprano, me comuniqué con José Luis, el encargado de los programas sociales de la Alcaldía, quien también había atendido a Eloy antes. Me advirtió que él ya se había escapado de una de las casa hogar y que era “bien contestatario, cuando no estaba de acuerdo defendía su opinión”. A pesar de que para algunos esto podía representar un obstáculo, para mí como maestra significaba la formación de un pensamiento crítico y la defensa de los derechos propios. Igual, si el niño se había escapado de esa casa, era por una razón. La descartamos y dimos con el refugio del padre Zambrano. Allí, podían mantenerlo pero después de un mes, porque el sitio estaba en remodelación. De nuevo estábamos sin ninguna solución inmediata y con menos tiempo.

Sandra y yo fuimos a la Escuela Canaima, una de las escuelas de Parroquia La Vega. Le planteamos la situación a la directora, Isabel Castellano Paz, una mujer con una gran visión humanista, y ella nos consiguió un techo para Eloy. Ramón, el vigilante del centro escolar, lo hospedaría, mientras concluían los

trabajos en la casa del padre Zambrano, todo con la condición de que asistiera a clases. Ramón, no dudó en decir que sí y nosotras nos comprometimos a correr con los gastos de personales del niño. La calidad humana que caracteriza a Isabel la hizo decirnos al final: “Bajen a la cocina y pídanle a las muchachas que les preparen comida para Eloy y los otros niños que están con él”.

Fuimos en taxi. Nuestro amigo Frank, un conductor aliado de La Vega, nos llevó. Buscamos a Eloy como lo prometimos y, al alejarnos del grupo de niños que lo rodeaban, pensé en qué sentirían, en por qué no los recogimos a ellos. Eloy fue el único que nos pidió que lo sacáramos, y ya eso lo había aprendido con Isabel: “Uno ayuda a quien se quiere ayudar”. Y también que uno debe cuidarse para ayudar a otros. Sabíamos que Eloy no estaba drogado y que no nos haría daño. Frank se dio cuenta de que Eloy vivía en la calle y parecía interrogarnos desde el retrovisor: “¿están seguras de lo que están haciendo?” Como nos vio tranquilas, finalmente lanzó: ¿A dónde las llevo maestras?.

Eloy cursó el 6to grado de primaria alrededor de un mes, lo que le permitió obtener estructura, más allá de los reclamos de las docentes por su comportamiento. Un día, un tanto molesto de que lo regañaran, me cuestionó: “Por qué tengo que portarme bien todos los días, si ya lo hice el lunes y el martes”. No aguanté la risa, de cierta forma tenía razón. Le estábamos exigiendo mucho a un niño que únicamente tenía calle y que ahora debía cumplir con unas normas, para él, estrictas. Aquella vez, le recalqué que sí tenía que portarse bien, a lo que con humildad y con sus sinceros y oscuros ojo café respondió: “Está bien profe, haré todo lo posible”.

Al tiempo, Eloy tuvo residencia fija en la casa hogar del padre Zambrano. Lo visitamos todos los meses para observar su adaptación. El padre reconocía que era un muchacho muy colaborador, estudioso y crítico. Una de las políticas de la casa hogar indicaba que los niños debían volver a vivir con un familiar. Así, progresivamente, Eloy se acercó a su padre y luego de unos meses de terapia y de graduarse de bachiller, ambos pudieron estar juntos. Su mamá no quiso reunirse con ellos.

A Eloy lo mataron en la plaza de La Vega, un fin de semana cinco años después de haberlo sacado de la calle. Cuando me lo informaron, no supe qué decir, solo malpensé, insisto, malpensé: “No pudo escapar del todo de la vida de la calle... seguro se desvió y se metió en algo raro”. Sin embargo, no fue así, un delincuente lo mató porque se interpuso en el asalto a un anciano. Este es uno de los aprendizajes más intensos que he experimentado, porque caí en el error de juzgarlo y me arrepiento. De allí que me hiciera la promesa de difundir su historia como ejemplo del poder de la educación, de las oportunidades que ella abre si se aprovechan, como lo hizo Eloy. Él se convirtió en un chico de bien... o mejor, él siempre fue un chico de bien, capaz de cuidar a los otros. Lo sacamos de la calle porque decidió no sentarse en la silla de víctima de la pobreza o sus circunstancias y gracias a ello pudo salvar una vida, pero también darle otro sentido a la mía como educadora...